

flanco izquierdo del Gran Ejército, que estaban encargados de proteger por la derecha el séptimo cuerpo y los austriacos; formarían la reserva el noveno cuerpo, en el Vístula y el Oder, y el undécimo, en el Elba; finalmente, los dinamarqueses y otros cuerpos poco numerosos hallábanse destinados á quedarse á retaguardia.

De los cuatro caminos que podían seguirse para invadir á Rusia, Napoleón eligió el de Kovno, Wilna, Vitepsk, á Moscou. En su virtud, el veintitrés de Junio, en menos de dos horas, tendió el general Eblé, sobre el Niemen, cerca de Kovno, tres puentes, á la distancia de cien toesas cada uno del anterior. El veinticuatro, por la mañana, leyóse á las tropas la famosa proclama, donde se decía: «Ha comenzado la segunda guerra polaca; la primera terminó en Frisia y en Tilsit». Este mismo día y los veinticinco y veintiséis, pasaron los puentes de Kovno los cuerpos de Davout, Oudinot y Ney, la guardia imperial y la caballería de Murat; Jerónimo desfiló por el puente de Grodno; Macdonald, por el de Tilsit; Eugenio, por el de Prenn: todas estas tropas ascendían á cuatrocientos mil hombres, con mil cañones. Viéndose en la otra orilla, el Emperador de los franceses pudo decir, como César al cruzar el Rubicón: *Alea jacta est*; sólo que la estrella del general romano debía despedir más brillantes fulgores allende el humilde río de Italia, mientras la de Napoleón iba á hundirse repentinamente al otro lado del Niemen, en las sombrías profundidades del espacio, como atraída por una fuerza misteriosa é irresistible.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

Moscou.—El desastro.



El emperador Alejandro asistía á un baile que daba en su castillo de Zaccett, situado á media legua de Wilna, el general Beningsen, cuando recibió la noticia de haber pasado el Niemen los franceses. Suspendióse la fiesta en el acto, y al día siguiente, veinticinco de Junio, publicó el Czar dos manifiestos, dirigidos, uno al ejército y otro al conde de Soltikoff, su gobernador en San Petersburgo, para que lo diese á conocer á sus pueblos. El primero, escrito en términos firmes, aunque mesurados, concluía con estas palabras: «No es necesario recordar sus deberes al general en jefe, á los jefes de cuerpo, ni á los soldados; la sangre de los valientes eslavos circula por sus venas. Yo estoy con vosotros y Dios está contra los agresores». El lenguaje del segundo era más enérgico. «Las tropas francesas, decía, han pasado las fronteras de nuestro Imperio. La estricta observancia del tratado de alianza ha sido recompensada con la más pérfida sorpresa... No depondré las armas mientras quede un solo soldado enemigo en los territorios de mi Imperio». El día veintiséis, Alejandro salió de Wilna, después de enviar á Balachof al cuartel general de los franceses aparentando intentar una negociación, lo mismo que su enemigo le había mandado poco antes á Narbonne, con objeto de ganar tiempo. Napoleón entró en Wilna el veintiocho. Durante el trayecto, el calor agobió á los soldados, que llegaron á aquella ciudad rendidos y hambrientos, y empezaron á saquear los arrabales, lo que influyó en la frialdad con que el Emperador fué recibido. «Estos polacos no se parecen á los de Posen», observó Napoleón. Se pudo, sin embargo, reunir la nobleza é infundirle cierto entusiasmo, consiguiéndose de este modo que se adhiciese al acuerdo de la Dieta de Var.

sovia, declarando restablecido el reino de Polonia. Esto no obstante, Napoleón organizó por separado la Lithuania, dividiéndola en los gobiernos de Wilna, Grodno, Minsk y Bialystok, á fin de poderla administrar directamente y disponer con más seguridad de sus recursos.

Para hacer frente á los cuatrocientos mil soldados que Napoleón llevaba consigo, los rusos no disponían sino de los dos ejércitos del Oeste, fuerte el uno de ciento cuatro mil doscientos cincuenta hombres, mandados por Barclay de Tolly, y el otro de treinta y siete mil escasos, á las órdenes del príncipe Bagratión. Con los ejércitos del norte, del sudoeste y del sud, regidos respectivamente por Wittgenstein, Tormachof y Tchitgachof, no se podía contar, pues iban á ser tenidos en jaque, el del norte primeramente por Oudinot y más tarde por Macdonald y Gouvión de Saint-Cyr, y los dos últimos por Reynier y Swartzemberg.

Al día siguiente de entrar el Emperador en Wilna, sufrió su ejército la primera gran desgracia. Llovió torrencialmente durante cinco días consecutivos con sus noches; el tránsito por los caminos se hizo imposible, hubo muchas bajas en las tropas; desarrollóse una mortífera peste en los caballos, que no tenían para alimentarse sino los forrajes verdes de los campos, sucumbiendo más de diez mil, y fué preciso abandonar, á causa de esta pérdida, cien cañones y mil carros de pólvora. Como se carecía de medios con que atender á la alimentación regular del ejército, se disolvieron las columnas, y más de treinta mil merodeantes, impulsados parte por la necesidad y parte por la insolencia de que en calidad de invasores hacían alarde, cometieron en el país todo linaje de tropelías.

Napoleón, penetrando en Rusia por el extenso espacio que separaba á los dos ejércitos del oeste, concibió la idea de impedir su unión, atacar á Bagratión, que se aventurara á avanzar hasta Minsk, y llegar antes que él á Mohilef. La lentitud de Jerónimo en secundar á Davout, pues tardó siete días en andar veinte leguas, hizo fracasar este plan. Napoleón, arrebatado de cólera, recriminó á su hermano y quiso ponerle á las órdenes de Davout. Agraviado Jerónimo, se volvió á Alemania, entregando el mando de sus tropas al príncipe de Eckmühl. Este último libró á Bagratión los combates de Mohilef, y lo arrojó sobre Smolensko el veintitrés de Julio. Mientras tanto, el ala izquierda del Gran Ejército llegaba al Dvina. El Emperador de los franceses había recibido pocos días antes una comisión que nombrara la disuelta Dieta de Varsovia, para pedirle diese una orden que reuniera los dispersos elementos de la nacionalidad polaca, á lo que respondió que, si él fuese polaco, pensaría como ellos, pero que, siendo soberano de un vasto Imperio, necesitaba conciliar muchos intereses, agregando, por ejemplo, que habiendo garantido al Emperador de Austria la integridad de sus Estados, no consentiría ningún movimiento que la pusiese en peligro; en cambio, les añadió que, si querían sublevar á sus antiguos compatriotas de Rusia, Lithuania, Samogicia, Witepsk, Polotzk, Mohilef, Volinia, Ucrania y

Podolia, «la Providencia haría que el éxito coronara la santidad de su causa, recompensando así su amor patrio, que era tan digno de alabanza», y les daba derecho á su amistad y protección. Estas frases, inspiradas en idéntico espíritu que la carta á Narbonne, ya conocida de nuestros lectores, parecían un aplazamiento; mas significaban realmente una negativa.

Al aproximarse Napoleón, los rusos desampararon la línea del Dvina, que el exgeneral prusiano Pfuhl había aconsejado defender, persuadiendo á Alejandro á establecerse en el campo atrincherado de Drissa, delante del río y con cuatro puentes á las espaldas, disposición que era probable hubiese conducido á un nuevo Frieland. La orden de retirada produjo disgusto y quejas en el estado mayor y en los aristócratas rusos, que se desataron en invectivas contra «el maldito alemán» y aun murmuraron de la conducta del mismo Emperador. Arakcheéf y Bahachof, los más fieles servidores de éste, le informaron del sentimiento dominante, el cual era que abandonase el ejército, donde su presencia entorpecía las operaciones, yéndose á Smolensko, á San Petersburgo ó á Moscou, para organizar la defensa y mantener vivo el entusiasmo de los pueblos. Alejandro debió ceder y Barclay y su colega recobraron su libertad de acción. Napoleón estrechó al primero, atacándole en Ostrovno y Witepsk los días veinticinco, veintiséis y veintisiete de Julio. Barclay dudó sin detenerse, á fin de presentar formal batalla á su enemigo, pues adivinaba que su nacionalidad tedesca le hacía sospechoso á los ojos de los generales, de los nobles y del pueblo ruso; sin embargo, decidióse al cabo á retrogradar, desalojando á Witepsk, donde los franceses entraron el veintiocho del mes citado. El Emperador empezaba á preocuparse; había hurtado el cuerpo Bagratión y ahora se le escapaba Barclay; presentía cuál iba á ser la táctica de los rusos, y estaba inquieto. La indisciplina se había propagado en su ejército, disminuido á cada momento en proporciones espantosas, á causa de los enfermos, de los rezagados, de los desertores. En el camino del Niemen al Dvina, no bajaron las pérdidas sufridas de ciento cincuenta mil hombres, que en su mayor parte pertenecía á los contingentes extranjeros. La caballería de Murat se había reducido de veintidós mil plazas á catorce mil; el cuerpo de Ney, de treinta y seis mil á catorce mil; los bávaros de Eugenio, combatidos por una cruel epidemia, de veintisiete mil á trece mil; los italianos de Pino, agotadas sus fuerzas por la marcha de seiscientas leguas que realizaran en tres ó cuatro meses, de once mil á cinco mil; la guardia joven, en una sola de sus divisiones, de siete mil á cuatro mil: únicamente resistía la guardia antigua. Además, los franceses asolaban el país á su paso, y la población, exasperada y excitada por el emperador Alejandro á la lucha y la venganza en ardientes alocuciones, contestaba á las crueldades con crueldades, á los horrores con horrores, al exterminio con el exterminio. Para reanimar el valor de sus huestes, hacer revivir el honor militar, atemorizar á los naturales y traer á las filas á los rezagados y acaso á los desertores,